



BALCÓN DE LA MIRADA

UNA PROPUESTA DE ITINERARIOS
EN TORNO A SEGOVIA

BALCÓN DE LA MIRADA



I.S.B.N.: 84-931589-1-7

Depósito Legal: SG-38/2003

© Del texto: José Antonio Abella © De las ilustraciones: Mariano Carabias

© De esta edición: Ayuntamiento de Segovia

Edición realizada por el Plan de Excelencia Turística del Ayuntamiento, en el que participan Junta de Castilla y León, Secretaría General de Turismo del Ministerio de Economía, Cámara de Comercio de Segovia y Agrupación Industrial de Hosteleros Segovianos

BALCÓN DE LA MIRADA

UNA PROPUESTA DE ITINERARIOS
EN TORNO A SEGOVIA



*Texto de José Antonio Abella
con ilustraciones de Mariano Carabias*



*En Segovia, una tarde, de paseo,
por la alameda que el Eresma baña,
para leer mi Biblia
eché mano al estuche de las gafas
en busca de ese andamio de mis ojos,
mi volado balcón de la mirada.*

Antonio Machado



El Plan de Excelencia Turística de Segovia, consciente de la importancia del paisaje de la ciudad y su entorno tanto para los vecinos como para los visitantes, avala y financia aquellos proyectos tendentes a dar a conocer y mejorar este original valor patrimonial de Segovia, a la que imprime carácter.

La Sección Municipal de Parques y Jardines viene desarrollando diversas actuaciones en el entorno urbano, propiciando la mejora y el disfrute racional de los valores que encierra.

En esta línea se enmarcan tanto el "Itinerario peatonal paisajístico" que hemos diseñado y ejecutado, como este libro, "Balcón de la mirada", que con gran acierto y originalidad servirá de compañero fiel al paseante durante su recorrido.

Tanto la ilusión y buen hacer de los autores, como la sensibilidad del Plan de Excelencia quedan nítidamente reflejados en esta grata obra. A nosotros solo nos queda dar las gracias a ambos.

Parques y Jardines. Ayuntamiento de Segovia.



Antes de comenzar nuestro paseo en torno a la ciudad de Segovia, quisiera explicarte, lector, viajero, amigo, que este humilde librito no pretende ser lazarillo de tus pasos, guiarte como si fueras ciego en la espesura de un bosque, sordo ante el murmullo de una acequia, insensible a la emoción de caminar y descubrir por ti mismo los pequeños secretos que los siglos han escondido para que tú los descubras, para que sean tus secretos... No estoy haciendo una metáfora poética: cada uno ve lo que sus ojos saben ver. Hay quienes, en un árbol, sólo ven un árbol que nada les dice. Otros, en el mismo árbol, observan sus raíces descarnadas, las heridas de su tronco, la explosión de su follaje; descubren al mirlo que canta en su copa, escuchan el quejido de las ramas zarandeadas por el viento, atienden a la invitación de su sombra en la canícula de agosto; y finalmente, acaso confortados por esa sombra, se preguntan por quiénes lo plantaron, de cuántos acontecimientos habrá sido testigo, qué futuro le aguarda todavía.

Cada uno de nosotros tiene sus propias preguntas, sus inquietudes, sus preferencias. Sería un propósito vano pretender que vieras con mis ojos lo que sólo con tus ojos puedes ver. Y una fatuidad cualquier otra pretensión, salvo

la de animarte a descubrir una Segovia que, si le prestas atención, hablará a tu sensibilidad con mayor fluidez y precisión que mis palabras, más heterodoxas que las de un erudito, menos sutiles que las de un poeta.

Así pues, no esperes hallar en estas páginas doctas explicaciones geológicas, botánicas, históricas. Otras fuentes encontrarás, si lo deseas, donde saciar tu sed de conocimiento. Por mi parte, si me aceptas como compañero de paseo, debo declararte mi intención de no fatigar tus pasos con el lastre de la más plúmbea y encopetada sapiencia, aunque procuraré ser fiel a la verdad en los pocos datos necesarios que te vaya dando a lo largo de nuestro itinerario tranquilo, jalonado de pausas y no muy apropiado -si me permites la expresión- para devoradores de kilómetros, turistas de foto atropellada y *souvenir made in Taiwan*. La forma más sencilla de descubrir es detenerse a contemplar. Tómate tu tiempo. Ninguna ciudad es como la describen las guías para viajeros presurosos, ni como se muestra en el maquillaje de las postales turísticas.

Si eres un visitante que llega a Segovia por vez primera —y estoy seguro de que no será la última— verás cómo a lo largo del paseo que vamos a iniciar se han colocado diversos hitos para facilitar tu orientación. Si, por el contrario, ya eres conocedor de estos parajes, quizá tales hitos no te sirvan de gran ayuda, pero tampoco serán un estorbo a tu camino. No obstante, adjunto a estas páginas encontrarás el plano de nuestro itinerario, acompañado de los símbolos y explicaciones prácticas en cuanto a sus variantes y duración aproximada. Para su recorrido completo, invertiremos unas cuatro horas, que puedes alargar o reducir según tus deseos o tus fuerzas. En todo caso, te aseguro que es un paseo sencillo: no hace falta que te hayas entrenado en el Himalaya para concluirlo. Su punto de partida es la plaza del Azoguejo, que también pondrá punto final a nuestra visita panorámica por esta ciudad sorprendente.

Y ya, sin más, comencemos.

El Azoguejo, o Azogue Menor, era uno de los dos mercados de Segovia. El origen árabe de la palabra azogue -zâ uq, mercado- nos remite a la población

morisca que habitaba en el cercano barrio de San Millán, donde hasta los años setenta del pasado siglo se encontraba una amplia huerta conocida como la Huerta del Moro. El posibilismo desarrollista de la época hizo que en tal espacio verde se construyeran unos bloques de viviendas que, piadosamente, calificaré como poco afortunados. También a ti, compañero de paseo, te pido cierta dosis de clemencia cuando contemples algunos de los desafueros urbanísticos -o simples abandonos- de los que ni las ciudades declaradas Patrimonio de la Humanidad, como Segovia, son capaces de librarse... Perdona este leve desahogo: si el amor a una ciudad nos ciega para con sus defectos, poco podremos hacer por mejorarla. En cualquier caso, prometo no hacerte partícipe de mis pesares en adelante, ambos sabemos que cada uno tiene bastante con los suyos. Además, deslumbrado como tú por la presencia majestuosa del acueducto, me parecería una ruindad hacer que te fijaras en las pequeñas sombras de esta ciudad, donde la luz es tan importante como la piedra. "Luz de la humanidad", proclama sin la menor modestia una inscripción colocada (por una compañía de electricidad)

junto a uno de los pilares del monumento. Ciertamente, la luz de Segovia tiene algo especial, ya lo iremos descubriendo. Es una luz que parece brotar de sus piedras, una luz emanada más que recibida, luz dorada que sólo en el granito del acueducto tiene reflejos de ceniza, la luz de Luzbel... Quizá ya sabes que, según la leyenda, fue el mismísimo diablo quien construyó tamaña obra en una sola noche, y todo para ganar el alma de una doncellita cansina, harta de subir día tras día hasta lo más alto de la ciudad con su cántaro de agua. En una sola noche, ése fue el trato. Mas al diablo, pobre diablo, todavía le faltaba por colocar una piedrita cuando cantó el gallo..., acaso la que pusieron los romanos para apuntarse el mérito en las páginas de la Historia.

Ya, ya..., lector incrédulo: veo entre líneas tu sonrisa benévola y escéptica. Pero, si te fijas bien, descubrirás que en cada uno de los veinte mil sillares graníticos que forman el acueducto hay una zona deprimida, a modo de huella, que prueba el origen demoníaco del monumento. ¿Qué otra cosa pueden ser tales señales sino las huellas dejadas en la piedra por los dedos del diablo?



"Acueducto: la luz de Luzbel"

Esto dice la leyenda, cuyas aguas siempre ha rellenado las lagunas de la Historia. Arqueólogos e historiadores invierten luego este proceso, y con los escombros de la Historia desecan los humedales de la leyenda. Según éstos, tales marcas son los orificios donde se anclaban las grandes pinzas de hierro que se emplearon para mover los bloques de granito, izados en el vacío mediante ingeniosos mecanismos de cuerdas y poleas propulsados por el más antiguo de los combustibles: el sudor de los esclavos.

Leyenda e Historia. No será la única vez que veamos cómo sus hilos dispares se entrelazan a lo largo de nuestro paseo. Hoy, hasta los niños más pequeños de Segovia saben que el acueducto es obra de los romanos, y que sus piedras fueron encajadas como las piezas de sus construcciones de juguete, sin ayuda de cemento ni argamasa. Pero no siempre se supo su origen con igual certeza. Hay una novela de Ramón Gómez de la Serna —El Secreto del Acueducto— cuyo protagonista trata obsesivamente de descubrirlo, llegando a la fantástica conclusión de que sólo pudieron ser egipcios los constructores de tan grandioso monumento, entre cuyos sillares yacería su artífice como un faraón momificado, justamente sobre nuestras cabezas, en el sotabanco que vemos sobre los arcos más altos. ¡El acueducto, en esa original y descabellada hipótesis, cumpliría la misma función de las pirámides: sepulcro enfrentado al desgaste de los siglos, mausoleo para la eternidad!

Tal era para el personaje de Gómez de la Serna el secreto mejor guardado de Segovia, y, en cuanto al lugar, no andaba del todo desencaminado...Si afinas bien la vista,

verás que en las piedras de dicho sotabanco son más numerosas y están más apretadas las "huellas del diablo". Tales huellas correspondían a los anclajes de grandes letras de bronce cuyo mensaje fue desvelado en los años noventa del pasado siglo por el arqueólogo alemán Géza Alföldy:



Lo que viene a decir, por si sabes tan poco latín como yo, y suponiendo que la interpretación sea correcta, que el acueducto fue restaurado por orden del emperador Nerva Trajano, pontífice máximo y padre de la patria entre otros méritos que te ahorro, siendo alcaldes de Segovia dos individuos llamados Publio Nummio Nummiano y Publio Fabio Tauro.

Fue restaurado, sí, pero ¿por quién y cuándo se construyó? En tanto la respuesta se debate por los eruditos, dejemos nosotros que convivan la Historia y la leyenda. Demos a Roma lo que es de Roma y al diablo lo que es del

diablo.

El caso es que, si no fuera por el acueducto, casi nadie sabría que en Segovia hubo romanos. Diversos hallazgos recientes lo confirman, pero no sueñes con verlos porque ése es otro de los secretos vedados incluso a los segovianos más interesados en su ciudad. Lo más que podrás descubrir, si prestas atención, son algunas estelas de granito reutilizadas en la construcción de la muralla.

— ¿Ah, pero Segovia tiene muralla?

— Pues sí, la tiene, y prácticamente completa en todo el perímetro de la ciudad antigua, aunque estoy casi seguro de que los turistas apresurados no se percatan de este hecho. Es una muralla recatada y pudorosa, envuelta en ropajes vegetales que le restan arrogancia guerrera pero que le conceden algo más valioso y difícil de definir, esa atmósfera de misterio que seduce nuestra mirada en claroscuros de verdor y contraluces dorados. Quizás ahora no comprendas lo que quiero decir, pero estoy seguro de que lo entenderás a medida que avancemos en nuestro paseo.

De momento seguimos en el Azoguejo, aunque acabemos de dar un salto de mil años para plantarnos, de pronto, en pleno siglo XI, cuando Segovia fue

reconquistada por el rey Alfonso VI, ése a quien el Cid forzó juramento "sobre un cerrojo de hierro y una ballesta de palo". En ese largo salto que va del acueducto a la muralla apenas hay noticias de Segovia, pero a partir de entonces muchas serán las crónicas y documentos esgrimidos por los historiadores para inventar o inventariar su pasado. Por ello sabemos que un yerno de Alfonso VI, Raimundo de Borgoña, fue el encargado de repoblar y fortificar la ciudad recién tomada; así que a este borgoñón le debe Segovia su muralla, como Zamora o como Ávila. Ciertamente, no tiene la nuestra esa grandeza robusta de los muros abulenses, pero es que a Segovia no le hacían falta tales músculos de piedra por una razón bien sencilla: su enclave en lo alto de una roca le ofrecía una defensa natural, reforzada además por el foso que excavaron a lo largo de los siglos el Eresma y el Clamores, los dos ríos que la circundan.

Bajo los arcos del acueducto, donde todavía estamos, no pasaba ningún río. El agua corría por arriba y las gentes por debajo, al contrario que en el resto de los puentes. Dos veces al año, sin embargo, algo muy parecido a un río fluía

por esta plaza. Y un río era, en efecto, aunque no de agua; una corriente caudalosa y acaudalada que hizo de Segovia una ciudad próspera y conocida en toda Europa: un río de lana... Durante casi un milenio, millones de ovejas trashumantes pasaron por este lugar, confluencia de distintos cordeles que iban al encuentro de la gran cañada Soriana Occidental, autopista verde cuya meta se encontraba en las templadas dehesas de Extremadura o del Valle de Alcudia.

Quizá, si has llegado desde Madrid por Guadarrama, apenas entrar en Segovia hayas visto un monumento de bronce donde un pastor de poderosos pies, piramidal como una montaña, recuerda esa epopeya de la trashumancia. Y es que una epopeya fue, en efecto, ese ir y venir de hombres y rebaños a lo largo de los siglos. Polvo y sufrimiento de caminos. Noches desveladas por el aullido de los lobos. Hielo en los puertos de montaña y en el recuerdo del hogar ausente. Suelen las ciudades recordar con un monumento a su fundador, que en Segovia fue el mismísimo Hércules según afirma el más ilustre de los cronistas locales. Pero yo creo más



“Río de lana, río de oro”

bien que el auténtico fundador de Segovia fue el anónimo héroe recordado en tal monumento. Porque Segovia le debe su ser a ese mundo de ovejas y pastores, ya perdido, que configuró su imagen y sustentó su floreciente economía. Una ciudad de piedra sostenida por cimientos de mullida y suave lana de oveja merina. Esa fue la gran época de Segovia, su edad de oro. Cuando, finalizado nuestro paseo, te pierdas por el laberinto de calles del casco antiguo, fíjate en las galerías que coronan algunas casas nobles.

La plaza de las Sirenas, a mitad de la calle Real, es un buen sitio para esta observación. Tales galerías, dispersas en muchas casas de la ciudad antigua, eran secaderos de lana. Ya nada se conserva de aquella próspera industria textil, pero se cuenta que hasta el mismo rey Enrique VIII de Inglaterra se sentía orgulloso de vestir prendas elaboradas con finos paños segovianos.

Y es un hecho que la *Bergerie Royal* de Francia (cuidada con esmero, todavía hoy, en el castillo de Rambouillet) procede del rebaño de cuatrocientas cabezas merinas que un mayoral segoviano condujo hasta las puertas de París, regalo de Carlos IV a su primo Luis XVI

antes de que éste regalara su propia cabeza a los principios de libertad, igualdad y fraternidad de nuestros vecinos del norte. Del sur, aunque no de vecinos, también podríamos hablar, por ejemplo de la rica cabaña ovina de Australia, procedente asimismo de ese mundo que aquí no supimos adaptar ni conservar. Así es la Historia...

Nosotros dejaremos ahora el Azoguejo, no sin volver a levantar la vista hacia el acueducto y, si la estación y la hora son propicias, contemplar a los vencejos que durante la primavera y el verano zigzaguean a centenares entre sus arcos de piedra, esas enormes ventanas por donde se asoma el cielo:

"¡Balcones sin balaustrada! ¡Miradores sin cristales!", como escribiera Gómez de la Serna en la novela que hace un momento te comentaba. Por cierto, ¿sabías que los vencejos comen, beben, copulan e incluso duermen en el aire, que sólo se posan para tener y alimentar a sus crías...? La vida está llena de pequeños milagros, invisibles por cotidianos. Y más de uno descubriremos en este paseo. Llegados ahora frente a la réplica de la Loba Capitolina, regalo de Roma a Segovia en el bimilenario del acueducto, se me plantea la duda de si subir a la

colina del cementerio para mostrarte la primera gran panorámica de la ciudad, o si bajar hacia el valle del Eresma por el paseo de Santo Domingo, al que muchos segovianos conocen por ronda de Santa Lucía. Así lo llamaré yo, sin ocultarte mi predilección por la patrona de miopes y oftalmólogos frente al fundador de la Orden de Predicadores.

Si conoces someramente la historia de la Inquisición o, visitando El Prado, te has detenido alguna vez ante el cuadro de Pedro Berruguete titulado *Auto de Fe*, comprenderás fácilmente las causas de mi preferencia. Explicada ésta, queda por elegir una de las dos opciones, y me inclinaré por la segunda. Dejemos pues para otra de tus visitas el desvío a la colina del cementerio, donde una placa de situación te mostrará los nombres de cuanto se extiende ante tus ojos: las iglesias románicas de San Justo y El Salvador, el acueducto, las torres del seminario... Por una escalerita de piedra rústica, podrás descender entre pinos y cipreses hasta la Alamedilla del Conejo, así llamada no por su abundancia en tales roedores, sino por el apodo de un antiguo concejal comprometido en el cuidado de este parquecillo: un espacio casi olvidado, poblado por frondosos castaños que resisten con entereza el denso

tráfico de Vía Roma, más carretera que calle, con el acueducto como telón de fondo al tráfago de los automóviles y sus tubos de escape. Por esta vía podrás regresar al punto de nuestra disyuntiva e iniciar, como ahora hacemos, la ronda de Santa Lucía.

Hoy, de la ermita que tenía esta santa entre las verdes laderas de nuestro camino, sólo pervive el nombre (que de nuevo nos remite a la luz y a su reverso de sombras). Con un escalofrío de infancia rememoro la impresión de aquellas viejas estampas que representaban a Santa Lucía con los ojos en una bandeja dorada. Al hilo de tal recuerdo, pienso en algo que bien podría resumir este balcón de la mirada al que la doncella de Siracusa se asoma con sus órbitas vacías: hay cosas que sólo pueden ser vistas con el corazón. Como escribiera Saint-Exupéry en *El Principito*: "Lo esencial es invisible a los ojos".

Y aunque de modo menos poético y más chusco, eso es lo que pasa con la cueva de Santo Domingo que da origen al nombre oficial de este paseo, que tendremos que imaginarla con el corazón salvo que la casualidad o el

milagro nos franqueen la puerta de esa dependencia aneja al convento de Santa Cruz, monumento público que hoy es universidad privada, y antes fue asilo de ancianos y, en su origen, convento de frailes dominicos del que fuera prior fray Tomás de Torquemada, primer Inquisidor General del temido Santo Oficio. Dicen las crónicas que en este lugar entró en éxtasis Teresa de Jesús; y que pocos años después, en una oscura noche de 1.602, un fraile llamado Melchor Cano levitó "más de una vara", viéndose "tan gran claridad sobre el convento que despertó y admiró a nuestros ciudadanos". Nosotros, hijos de un siglo escéptico y nietos de la iluminación eléctrica, nos conformaremos con levantar la vista a la cornisa de este edificio para leer algo que sin duda te suena: *Tanto monta, monta tanto...*, pista más que sobrada para deducir que su construcción se debe a Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, cuyas católicas figuras te invito a descubrir en la portada de la iglesia.

Distraído por estos pensamientos mientras caminábamos hasta aquí, apenas he prestado atención a la



"Valle del Eresma"

muralla que se alza a nuestra izquierda, recatada entre la espesura de la vegetación; ni al barrio de San Lorenzo, a la derecha, hundido en el valle, rojo de tejados, con sabor a pueblo y aroma de pan caliente. Para remediarlo te propongo una corta salida del itinerario que me parece imprescindible: ¿Ves una puerta en la muralla, precedida por una cruz de piedra? Pues vamos hacia ella. . Se trata

del arco de San Cebrián, bajo el que pasamos y al que subimos por una mínima escalerilla que encontramos a su izquierda.

Hoy por hoy, es éste uno de los pocos tramos accesibles del adarve, y desde él se contempla una panorámica fascinante. Cuando la vegetación está en su apogeo, ante nuestros ojos se extiende una selva de árboles bajo los que el Eresma se remansa, velado a nosotros, intuido apenas por el puentecillo que lo cruza y la imponente galería de chopos, castaños, arces... Hubo en este valle del Eresma centenares de olmos centenarios que un diminuto insecto se llevó para siempre. Habían sido plantados por iniciativa de unos pocos ilustrados —la Real Sociedad Económica de Amigos del País- en un tiempo de miseria material y cultural que hace aún más admirable su trabajo. Sirvan estas palabras de homenaje a ellos y a cuantos se esfuerzan por cuidar y enriquecer nuestro patrimonio vegetal, tarea nada fácil en un país de tradición arborícola y vocación de desierto.

Esa es una de las sorpresas de Segovia, que parece una isla verde en la mitad de un desierto. Lo veremos mejor más adelante. Ahora nos asfixiaría el verdor si la línea del

cielo, recortado por desnudas lastras, no atrajera nuestra mirada; si los grandes hitos de esta orilla sagrada no se desplegaran ante ella: la torre mudéjar de San Lorenzo mimetizada con las tejas del caserío circundante, el monasterio de San Vicente con sus mil tejadillos, las moles de Santa Cruz y de El Parral, la Veracruz...

Hasta ocho edificios religiosos se mantienen todavía en este tramo del valle. Y algunos más hasta no hace mucho, derribados más por la incuria que por el tiempo, como la ermita de Santa Ana, donde antaño celebraban su fiesta grande los zapateros remendones y donde, mucho más tiempo atrás, se levantó el primer monacato de Segovia: Santa María de los Huertos. Y es que, desde épocas remotas, esta ribera ha sido puente entre los hombres y sus dioses: da fe de ello el monasterio de San Vicente, donde dicen los cronistas que se alzaba un templo a Júpiter. No me resulta extraña tal propensión a lo sobrenatural, porque en cualquier tiempo del año dan ganas de sumergirse en esa ensenada de vegetación y espíritu, respirar el aliento de la creación, sentirse parte de

la tierra. Si además estamos en otoño, esa sensación se multiplica en un calidoscopio mágico de amarillos y rojos, en un mosaico de teselas multicolores que alfombra nuestra mirada y seduce nuestro ánimo.

Dejemos pues nuestra atalaya, desandemos los últimos pasos y sumerjámonos en el valle. Una escalinata de cantos rodados, y la compañía del agua en uno de los caces que nos iremos encontrando, nos conduce hasta el puente de los Huertos. "De los huertos al Parral, el paraíso terrenal", repite un dicho segoviano, no del todo hiperbólico.

Por estos parajes paseaba don Antonio Machado muchas tardes, durante los doce años que permaneció en nuestra ciudad. No fueron demasiados, sin embargo, los versos que don Antonio dedicó a Segovia, y si vuelves a la cita que inicia este librito, o has leído la placa grabada que nos hemos encontrado a la salida del puentecillo, ya conoces una buena parte. No se encuentra en nuestro itinerario la modesta pensión de la calle de los Desamparados donde vivió el poeta, pero yo te invito a que algún día la visites porque entre sus paredes se halla

otra de las pequeñas sorpresas íntimas de Segovia.

Se trata de una casita humilde, milagrosamente conservada como Machado la dejó: la cama, la estufa, la maleta en el armario, incluso el aire... Estoy por asegurarte que todos cuantos la visitan tienen, como yo, la sensación de estar respirando el mismo aire solitario y helador que Machado respiraba un siglo atrás, como si en lugar de aire fuese el aliento de un tiempo detenido lo que tiembla en los pulmones, como si nadie hubiera abierto las ventanas desde que se fue el poeta... A propósito de ventanas, se cuenta que su patrona le preguntó a Machado una gélida noche de invierno:

— ¿Por qué abre usted la ventana, don Antonio?

— Para que salga el frío, doña Luisa, para que salga el frío...

Tras esta anécdota de fino humor andaluz, nosotros seguiremos ahora río abajo, acompañados por esos patos alborotadores que tanto gustan a los niños, incluido el niño que todos llevamos dentro.

Si el tiempo es agradable, es casi seguro que veas este paseo de la Alameda lleno de gente, y si eres de aquí muy

probablemente tendrás que detenerte para saludar a algún conocido, casi como si estuvieras en plena calle Real. Bien sé yo que a los paseantes nos gustan los sitios tranquilos, pero me alegra esta concurrencia de público porque me demuestra lo necesario de estos lugares apartados del tráfico diario, donde el ser humano se reencuentra con la Naturaleza y con su naturaleza, alejado por unas horas de la gasolina y el plástico que no son constituyentes ni de su sangre ni de sus huesos, por más que las multinacionales del consumo insistan en demostrarnos lo contrario.

El agua sí que forma parte de nosotros, y agua a raudales es lo que vemos en esta parte del paseo, en el río, en los caces, en los chorros que se despeñan desde la huerta del monasterio de El Parral, en la presa de la Casa de la Moneda, junto al puente, adonde ahora hemos llegado y desde donde observamos el más antiguo edificio industrial de España, cuya ruina es todavía una lacra en la conciencia de esta ciudad. "Sic transit gloria...", dice una inscripción colocada junto al pretil. Y no es para menos...

Fue Juan de Herrera quien lo construyó por encargo de Felipe II en 1.583, trayendo de Alemania la tecnología precisa para la acuñación industrial de la



“Puente de la moneda”

moneda, movida mediante complejos ingenios hidráulicos. Pero dejemos ahora nuestro lamento, que te había prometido no repetir, y elijamos una de las dos opciones que se nos presentan.

Si descendemos por una escalerita adosada al puente y nos dejamos guiar por el curso del río, acompañados por el rumor del agua y el canto de los pájaros que se ocultan en las frondas umbrías, llegaremos enseguida al barrio de San Marcos, que alberga uno de los jardines privados más hermosos de España: El Romeral. Plantó este jardín el paisajista Leandro Silva, entre cuyas obras se encuentra la restauración del Jardín Botánico de Madrid. Se trata, repito, de un jardín privado; pero con alguna frecuencia se organizan visitas que puedes concertar en la Oficina de Turismo. También podrás ver en este barrio una de las huertas más cuidadas de Segovia, y sin duda la que goza de mejores vistas, bajo la imponente mole del alcázar. Otras huertas hemos visto y seguiremos viendo a lo largo de nuestro recorrido, y todas nos hablan de un pasado hortelano que relacionaba íntimamente al hombre y a su tierra, relación amorosa en la que ambos se daban lo mejor

de sí mismos. Incluso te puedo asegurar que, en Segovia, la horticultura tenía algo de *land art*, si me permites la expresión, puesto que los hortelanos no sólo competían por ver quien recogía mejores frutos, sino por ver quien tenía la huerta más cuidada, más artística en el dibujo de los surcos y el colorido de las hortalizas y flores que en ellas cultivaban: tomates o lechugas para los vivos, margaritas y crisantemos para el día de los difuntos.

En cualquier caso, si te parece, nosotros seguiremos ahora la segunda opción, que nos va a regalar una de las mejores vistas panorámicas de Segovia. Primero nos dirigimos hacia el monasterio de El Parral, único, con el de Yuste, ocupado por Jerónimos. Se trata de un edificio del XV, de factura gótica e inquietud renacentista. Fue construido bajo los auspicios del rey Enrique IV y del marqués de Villena, de dudosa fama, a uno de cuyos lances se refiere la lápida que tu curiosidad ha descubierto en un muro de piedra: "Traidor, no te valdrá tu traición, pues si uno de los que te acompaña cumple lo prometido, quedaremos iguales". Dejo a tu perspicacia la solución del acertijo, sólo te diré que a consecuencia de dicho lance

tomó el marqués la decisión de levantar la iglesia del monasterio. Si quieres visitarla, puesto que probablemente estará cerrada, deberás llamar a la portería. Y te aseguro que merece la pena. La fachada, que dejó sin concluir la muerte de Juan Guas, no debe inducirte al error de presuponer igual carencia en el interior del templo, donde maravilla el tríptico que forman el retablo de madera policromada y sus dos laterales de alabastro, que albergan los sepulcros de los marqueses de Villena. Juan Rodríguez, Luis Giraldo y Sebastián de Almonacid son algunos de los escultores que trabajaron en esta obra maestra del plateresco.

De nuevo en el exterior, un recuerdo menos pétreo y más carnal me viene a la memoria. La noche del Sábado Santo, mientras en las bóvedas resuenan, ingravidas, las monodías del canto gregoriano, a la puerta de El Parral se desarrolla, casi de tapadillo, el irreverente rito de asar chorizos en las brasas de la hoguera en que se ha prendido el cirio pascual. Tampoco hay que escandalizarse, siempre han tenido algo de ritual pagano estas hogueras pascuales, cercanas a la llegada de la primavera y a la



"Segovia, oasis verde"

explosión de la vida. Si en el interior del templo se celebra el triunfo del espíritu sobre la muerte, en el exterior se festeja la resistencia de la carne donde se alberga el espíritu, su provisional victoria sobre los rigores del invierno y las penitencias cuaresmales.

Mas para nosotros no es hora todavía del refrigerio, sino de proseguir el paseo. A nuestra derecha, de espaldas a la iglesia, se yergue un cortado calizo donde crecen higueras de raíces maniatadas, con una estrecha senda de

roca viva por la que ascenderemos hasta las lastras que bordean Segovia, las mismas que antes vimos a lo lejos desde el adarve de la muralla. A nuestra izquierda queda una huerta donde a uno le gustaría apartarse del mundanal ruido y seguir, de la mano de fray Luis de León, entre coles y guisantes, la senda de los pocos sabios que en el mundo han sido. Es una subida fácil. A medida que ganamos altura, la ciudad se nos va mostrando en todo su esplendor. Resistir la tentación de contemplarla es imposible, y nosotros lo haremos poco después de alcanzar la cima del cortado, desde un rústico banco labrado en los estratos de caliza que afloran en la pendiente, a nuestra espalda. Quizá nos cueste unos instantes dar con él, mas ninguna duda tendremos al descubrirlo porque muestra a sus pies la tosca talla de una cabeza canina, y una flor de cuatro pétalos esculpida en la roca del respaldo. "A Chispa", podía leerse hasta no hace mucho en una inscripción, junto a la cabeza del perro.

Estoy seguro de que puedes imaginar la historia guardada en este banco, una de esas historias sencillas de

las que no se ocupan las páginas de la Historia. Sentados en el mismo sitio que tiempo atrás ocupó el anónimo e improvisado cantero, desde donde sin duda contempló muchos atardeceres en compañía de su más fiel amigo, también nosotros contemplaremos ahora el espectáculo de la ciudad anclada en el foso de sus valles, de ese gran navío detenido ante nuestros ojos. Es ésta la imagen literaria más repetida de Segovia, la metáfora de un barco de piedra varado entre los arrecifes de un mar de trigales. No hace falta una gran imaginación para entornar los ojos y ver la proa del alcázar, el puente de mando en la catedral, el costado de babor en este flanco norte de la ciudad que ahora contemplas. Te puedo asegurar que en algunas mañanas neblinosas, cuando la respiración del valle asciende en capas de vaho que desdibujan el contorno de los árboles y las fachadas del caserío, yo mismo he visto desde este lugar el cabeceo quejumbroso de ese barco varado, la oscilación de su mástil en la torre de la catedral, donde la niebla se disipaba por los primeros rayos del sol.

Atribuye esta visión, si te parece, a una noche de insomnio o a una fantasía de escritor, pero no olvides que

un pensamiento es tan real como una piedra, que hay emociones más tenaces que el acero, y que la vida, en su conjunto, se mueve en la misma lógica borrosa que la mayoría de nuestros actos. Estamos, además, en una zona propicia para todo género de visionarios, místicos y amantes de la poesía y el misterio. No muy lejos de aquí, enseguida llegaremos, se halla el convento fundado por San Juan de la Cruz, patrón de los poetas españoles. Y aun más cerca todavía, la iglesia templaría de la Veracruz, epicentro telúrico y fuente de energías esotéricas, si hacemos caso de lo que el corazón intuye y algunos iniciados aseguran.

Por el momento, lo que nosotros vemos es el oasis de la ciudad, aureolada de verdor durante la primavera y el verano, arropada en el oro viejo de cada otoño y sólo blanca de nieve algunos días del invierno. A lo lejos, con frecuencia más acorde al ciclo de las estaciones, la sierra sí que suele ofrecernos una panorámica de crestas nevadas, con el abuelo Peñalara como punto más reconocible por sus persistentes barbas blancas. Si nos adentrásemos en las lastras para ganar altura, pronto divisaríamos el horizonte completo de las cumbres, entre las que identificaríamos fácilmente la Mujer Muerta, mitad



"Hércules descansa después de fundar Segovia"

montaña y mitad leyenda, con su inconfundible perfil de embarazada recortado contra el cielo.

No te contaré ahora esta vieja historia que se remonta al tiempo en que estas tierras, todavía en formación, estaban habitadas por gigantes. Ya te había mencionado que el más ilustre cronista de Segovia, Diego de Colmenares, allá en el siglo XVII dio fe de que un gigante, el mismísimo Hércules, fundó la ciudad que ahora contemplas, con su perfil erizado de torres y veletas. Precisamente una de esas torres, la que sobre sus matacanes guerreros sostiene un habitáculo con celosías conventuales, lleva el nombre del héroe mitológico. Así se la conoce desde antiguo: torre de Hércules, denominación que le fue dada por contener, embutida en uno de sus lienzos, la rudimentaria escultura de un hombre cuyos pies reposan sobre una granítica testa de berraco celtibérico — la cabeza de un puerco- y cuyos brazos sujetaban siglos atrás una gran clava, ya desaparecida en tiempo de Colmenares. Nosotros no podremos verla, por estar muros adentro de un convento de monjas de clausura, pero sí recordaremos que el tercer trabajo de Hércules fue matar a

un cochino tan enorme como el que esta figura tiene a sus pies, lejano pariente de los que ahora pueblan la geografía segoviana sin que ningún hércules venga para librarnos del nauseabundo olor que se respira día tras día en muchos puntos de la provincia, cuyo número de cabezas porcinas multiplica por veinte al de las humanas... Aunque ésta es otra historia.

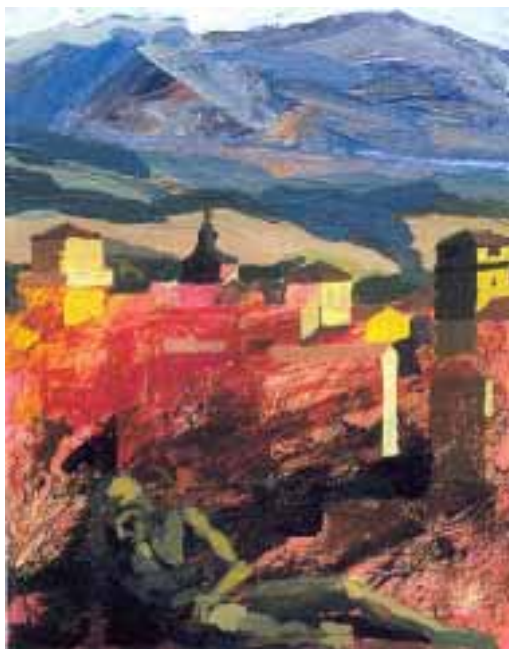
Y de otras historias en otras torres podríamos seguir hablando, pues son muchas las que desde aquí divisamos, pero sólo te mencionaré la de San Esteban, coronada por un puntiagudo tejadillo de pizarra sobre el que un gallo de hierro picotea la rosa de los vientos. Ésta es, sin duda, la más hermosa torre románica de Segovia, y una de las más bellas y gráciles de España. De sus seis cuerpos, son ciegos los tres inferiores, como ciegos deben de ser quienes consienten verla convertida en vigilante del mostrenco aparcamiento que se extiende a sus pies. Alcanzada por un rayo a finales del siglo XIX, hubo de ser desmontada para evitar su ruina, y así permaneció hasta recuperar su esplendor a mediados del siglo XX. Elegante como pocas, la que fuera llamada "reina de las torres bizantinas" ha hecho gala de involuntaria coquetería en los

sucesivos cambios de tocado a que se ha visto sometida en los últimos años: primero un agudo chapitel de pizarra, después un remate de teja algo más chato, más tarde uno intermedio, nuevamente de pizarra...

Mas te estoy hablando de nimiedades. Ni tan siquiera pensaba detenerme en las pequeñas joyas singulares que forman parte de este gran tesoro colectivo. Lo que pretendía al mostrarte esta panorámica era que vieras la ciudad como un gran organismo vivo, como un todo inseparable no sólo de su historia, sino también de sus condicionantes geológicos, de su entorno vegetal, de sus relaciones con el campo y con la sierra.

La sierra y Segovia están unidas por un cordón umbilical que se llama acueducto. No te lo dije cuando estábamos en el Azoguejo porque aguardaba a este momento en que la ciudad y la montaña fusionan sus perfiles en una sola línea. Segovia nace del acueducto de igual forma que el acueducto nace de la sierra.

Catorce kilómetros separan el origen y el final de las canalizaciones, que inician su andadura en un frío y transparente arroyo de montaña,



"Entre la Mujer Muerta y los gigantes"

zigzaguean por laderas umbrías y llanos asolados, salvan el vacío sobre impresionante arcos de granito, atraviesan de punta a punta el recinto amurallado de Segovia y mueren, finalmente en el alcázar. Comprender este recorrido es comprender la ciudad, que además de barco de piedra tiene algo de gran pez fosilizado, pez gigante en ese legendario tiempo de gigantes. El espinazo de tal pez era el canal del acueducto, del que partían a uno y otro lado las espinas de los canalillos que alimentaban los aljibes del caserío. Segovia era, como ves, una ciudad avanzada en infraestructuras, y muchas de sus casas disponían de agua corriente desde fechas muy lejanas. A tal utilidad debe el acueducto su pervivencia, puesto que siguió mitigando la sed de los segovianos hasta los años cuarenta del pasado siglo XX.

Desde donde ahora nos encontramos no se ve el acueducto, aunque la ciudad que estamos viendo sería muy distinta sin él. Quizá por eso, o por su antigüedad tan bien llevada, o por la gracilidad de sus imponentes arcos, muchos visitantes se van con la impresión de que el acueducto es el principal monumento de Segovia, pero

están equivocados...

Estoy seguro de que, tras este paseo, tú ya sabrás que el principal monumento de Segovia no es ni su catedral, ni su alcázar, ni su acueducto..., sino ella misma, la ciudad vista como un todo coherente y armónico, inseparable de su campo y de su sierra, necesitada de un entorno vital donde poder respirar, libre de la asfixia arquitectónica que ha transformado en guetos a tantos centros históricos.

Comprender *ese todo* cuyo perfil se despliega ante tus ojos era el principal objetivo de este paseo. Y creo que a estas alturas ya lo hemos conseguido. Si ahora quieres saber los nombres de cada torre, ir de la generalidad a los detalles, puedes detenerte ante otro de los paneles colocados en nuestro itinerario y buscar en él ese pináculo o esa casa que ha llamado tu atención.

¿Lo has hecho? Pues sigamos entonces nuestro...

-¿Y de la catedral y del alcázar no me dices nada?

-Algo te diré, sí, pero no ahora. Permíteme que lo deje para más adelante porque su presencia va a seguir dominando nuestro paseo, que ahora está llegando ante ese vértice de energías telúricas que antes te mencionaba: la iglesia de la Veracruz, donde oraban los caballeros

templarios antes de entrar en combate y antes, por supuesto, de que las intrigas del papa Clemente V y de Felipe el Hermoso, rey de Francia, determinaran la disolución de la orden, seguida por la muerte en la hoguera de Jacques de Molay, su último maestre. Quizá también tú, como yo, hayas leído que varios siglos después, cuando la cabeza del Luis XVI fue segada por la guillotina, alguien de entre la muchedumbre gritó: " Jacques de Molay, por fin has sido vengado!"

De otra venganza menos sanguinaria habla una leyenda de la Veracruz: A un descuido de los templarios que velaban en su interior el cadáver de un caballero de la orden, entraron varios cuervos por una ventana y comenzaron a picotear los ojos del muerto. Al percatarse de lo sucedido, indignado, el gran maestre de los templarios lanzó una maldición contra los cuervos, prohibiéndoles que en adelante volvieran a posarse en los tejados de esta iglesia...

Verdad o leyenda, lo cierto es que resulta verdaderamente infrecuente ver en la Veracruz a uno de los córvidos que tanto abundan en estos parajes, y



"Historia y leyenda"

si tú ves alguno será, probablemente, por ser pájaro llegado de otras tierras, o tal vez sordo, ignorante en ambos casos de esta vieja historia que sus congéneres aprendieron apenas romper la cáscara del huevo.

De todos modos, no parecen por esta prohibición más infelices las chovas piquirrojas que día tras día muestran su pericia acrobática en estos cielos, desde donde nosotros

podríamos comprobar con exactitud de geómetra cómo la planta de esta iglesia es un polígono regular de doce lados, roto sólo por la curvatura de sus tres ábsides. Por esta inusual característica se dice que la Veracruz fue construida a imitación del Santo Sepulcro de Jerusalén, basílica edificada en el siglo IV por Constantino el Grande y reconstruida en la primera cruzada. Pero no menos parecido tiene con la Cúpula de la Roca, mezquita de planta poligonal levantada sobre los cimientos del Templo de Salomón y entregada por el rey cruzado Balduino II, en el año 1.118, a los Pobres Caballeros de Cristo, que desde entonces serán conocidos como Caballeros Templarios. En 1.187, Saladino derrota a los cruzados, y en 1208 se consagra la Veracruz, probablemente edificada por caballeros que hubiesen combatido en los Santos Lugares y quisieran evocar en Segovia —como apunta el marqués de Lozoya— su perdido templo de Jerusalén... Para ser ecuánime debo decirte que no todos los estudiosos están de acuerdo con el origen templario de esta insólita iglesia, que podría ser obra de otra orden militar surgida también a consecuencia de la primera cruzada: la orden de los

Caballeros del Santo Sepulcro.

En cualquier caso, sean unos u otros sus artífices, el interior de la Veracruz es tan sencillo como fascinante. Toda la iglesia se estructura en torno a un edículo central de dos alturas, ambas de doce lados, con doce pequeñas ventanas en su parte superior, rodeado por un deambulatorio con bóveda de cañón sostenida también por doce arcos: las doce tribus, los doce apóstoles, las doce puertas de la Jerusalén celestial descrita en el Apocalipsis... La costumbre de iluminar con luz eléctrica hasta los rincones más secretos de cada monumento hace que resalten las piedras pero se diluya el misterio, esa atmósfera de penumbra que es la más propicia para los ojos del espíritu. No tenían luz eléctrica los caballeros que aquí guardaban sus secretos, y también nosotros le pediremos al vigilante del templo que haga descansar a Edison por unos minutos para —bajo el edículo central, en el corazón dodecagonal que dibuja con líneas invisibles el sello de Salomón- poder sentir las especiales vibraciones del lugar, ese algo indefinible pero cierto que aquí siente todo espíritu sensible. OVNI de piedra, llamó el

compositor Jorge de Ortúzar a este templo. Y estoy seguro de que ya no hace falta que te explique la razón.

Con el ánimo reconfortado, plenos de energía para acometer la segunda parte de nuestro paseo, salimos de la Veracruz y nos detenemos por unos instantes en el barrio de San Marcos. A este pequeño barrio, uno de los más pintorescos de Segovia, bajaba cada año la corporación municipal y el cabildo catedralicio, con el alcalde y el obispo a la cabeza, para pedir buena cosecha a San Marcos, "rey de los charcos" como siguen diciendo sus vecinos. De tal fiesta se hace eco el arcipreste de Hita en el Libro de Buen Amor, y así nos lo recuerda una de las placas de nuestro itinerario.

Pero no serán canónigos ni concejales quienes ahora llamen nuestra atención, sino los dos centros religiosos que se alzan al abrigo de las Peñas Grajeras, tras una arboleda donde tilos, acacias, arces, chopos y almeces sustituyeron hace años a los grandes olmos acuchillados por la grafiosis, como ya antes te comentaba a propósito de la Sociedad Económica de Amigos del País.



"Veracruz, ovni de piedra"

El primero de tales centros es, nada más y nada menos, el Santuario de la patrona de Segovia: la virgen de la Fuencisla, que durante casi todo el año vela entre rejas (financiadas por el gremio de cardar y apartar la lana) por la salud de su ciudad. El piquito que le falta a ese año son los nueve días en que la virgen cambia su residencia a la catedral, donde una multitud de fieles asiste con devoción al novenario que se celebra en su honor. Cuenta la tradición, y las cantigas de Alfonso X lo corroboran, cómo a Nuestra Señora de la Fuencisla se encomendó una joven judía que, por una injusta acusación de adulterio, fue condenada a morir despeñada en estos riscos, desde los que fue arrojada sin que el más pequeño hueso de su cuerpo se rompiese. Por María del Salto se conoce en Segovia a dicha joven, que de haber llegado a santa bien merecería ser patrona del cuerpo de paracaidistas. No será fácil que nuestros ojos contemplan un vuelo tan milagroso, pero es muy probable que sí veamos una espectacular bandada de grajillas o chovas piquirrojas sobrevolando nuestras cabezas en alguna de las muchas incursiones aéreas que hacen desde estas rocas a los cortados del

alcázar, o desde los cortados del alcázar a estas rocas. También, si la suerte nos acompaña, podremos ver alguno de los halcones que por estos lares tienen su nido o, más fácilmente, a alguna de las innumerables cigüeñas que anidan en las torres y campanarios de Segovia. A propósito de cigüeñas: al caer las tardes de verano, son multitud los ejemplares que se reúnen en la catedral para pasar la noche, coronando cada pináculo con vocación colectiva de veletas blanquinegras. Llegado septiembre, cuando emigran las cigüeñas a sus cuarteles de invierno, pierde la catedral una parte de su belleza, así que no se te olvide asistir a esta singular reunión si estás visitando Segovia en la época oportuna.

Me he salido, como ves, de nuestro itinerario, que ahora transcurre por donde antiguamente pasaba el río, junto a la tapia del convento de los carmelitas y a las mismas puertas del santuario de la Fuencisla. No sé si la fe mueve montañas, pero sí desvía ríos. Temerosos los segovianos de que el Eresma pudiera socavar los cimientos del santuario de su patrona, a mediados del siglo XIX decidieron excavar otro cauce al Eresma, su actual cauce,

así como plantar una alameda que sirviera de solaz a los visitantes.

El segundo centro religioso que se abre a esta alameda, junto a cuya tapia estamos, es el convento fundado por San Juan de la Cruz. Una escalinata de treinta peldaños nos conduce hasta la entrada de su iglesia, donde leeremos, grabado en piedra, uno de los más bellos y espirituales poemas de nuestra lengua:

*¡Oh, llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro...!*

Tocado por esta llama, probablemente también tú arderás en deseos de visitar el sepulcro donde yacen los restos incorruptos de quien escribiera tales versos. Entra en la iglesia para visitarlo y permíteme a mí cerrar los ojos:

San Juan de la Cruz, muerto en Úbeda y en Úbeda enterrado durante dos largos años, fue traído a Segovia por el empeño de una dama de la nobleza, Ana de Peñalosa.

Tras ese traslado —que parece inspirar el capítulo XIX del Quijote—, descansó su cuerpo en un sencillo nicho que todavía puede



Pradera de San Marcos

verse en un lateral de la capilla. Pero durante los años veinte del siglo de igual número se levantó un pomposo mausoleo donde, estoy seguro, no acaban de acomodarse los huesos del pobre Juan de Yepes, heridos en su humildad por los mármoles y oropeles que pretendieron honrar su memoria y sólo consiguieron desvelar su eterno sueño.

Si alguna vez te alojas en la hospedería del convento, podrás disfrutar de un 'privilegio que yo no puedo ofrecerte. Tras el edificio, pegado a la roca, serpea un

caminito que conduce hasta una pequeña capilla, casi en lo más alto de las Peñas Grajeras, donde el patrón de los poetas españoles plantó un ciprés cuyo tronco, herido por el rayo como el olmo de Machado, todavía se conserva.

Si los frailes consintieran nuestra incursión en su jardín, subiríamos por este caminito para ver la Segovia que veía San Juan de la Cruz, identificada con sus versos en *el aire de la almena*, en *los ríos sonoros*, en *el ameno huerto deseado*, en *los bosques y espesuras plantados por la mano del Amado*.

Mas de no poder gozar esta visión, tampoco la pradera de San Marcos, junto al río, es un mal punto para disfrutar de Segovia sin tener que pasar *fuertes y fronteras*. Desde aquí, una sola presencia domina el panorama: el alcázar, fortaleza real de cuya historia no te hablaré apenas porque tratar de resumirla sería como intentar resumir la historia de España. Así que sólo te diré que sus cimientos son romanos y que sus techumbres son obra de pizarreros flamencos traídos a España por Felipe II. Ente ambos, hay bodas, muertes, intrigas, asedios... Pero, sobre todo, lo que hay es un castillo de ensueño, imagen arquetípica de los

castillos de los cuentos. Alguna vez he oído decir que Walt Disney se inspiró en sus torres puntiagudas para construir el castillo de Campanilla, y aunque no puedo asegurarlo no me resultaría extraño que así fuera.

En este lugar, con una alfombra de césped bordeada de altos álamos, el paisaje adquiere un aire de campiña inglesa, de prado bucólico donde vienen a fotografiarse los turistas japoneses y las novias autóctonas. Mas no siempre fue así esta panorámica. Hasta mediados del siglo pasado, el alcázar se elevaba sobre una roca desnuda y ante una explanada polvorienta, lo que quizá acentuaba su carácter épico pero, sin duda, le restaba mucho de su actual encanto de castillo encantado: castillo flotante sobre el oleaje de los chopos, acaso hibridados con álamos temblones porque sus hojas, al menor soplo de viento, tiritan en infinitos guiños de párpados verdes y plateados.

De otros temblores te hablaré ahora, de los que oprimieron el ánimo de los segovianos en la jornada del 6 de marzo de 1862, cuando las techumbres del alcázar alimentaron una inmensa hoguera que persistió durante tres días, convirtiendo en cenizas sus arte-sonados, su mobiliario, sus innumerables tesoros. En Segovia, la ruina es un proceso persistente y lento, tan lento que la

degradación llega a formar parte habitual del paisaje, a transformarse en romántico abandono. Mas mucho debían de querer los segovianos a su alcázar, porque veinte años después ya estaba reconstruido con su actual fisonomía. En el proceso de restauración perdió torres, galerías, voladizos, pero también algo de la decrepitud que nos muestran los viejos grabados. Y otra cosa perdió, a los jóvenes cadetes artilleros que allí tenían su Academia, de la que salieron figuras como Daoíz y Velarde, recordadas en el monumento que se alza en los jardines de acceso, en la explanada donde hasta el siglo XVI estaba la catedral de Segovia, como luego te diré.

Si aún no lo conoces, no dudes en visitar el interior del alcázar. Como tantos otros viajeros, quedarás impresionado por sus salas, especialmente por sus artesonados, copia fiel de los perdidos en el incendio gracias a que un artista del siglo XIX -José María Avrial- había plasmado en meticulosos dibujos cada uno de sus detalles. Gozarás además de una vista privilegiada sobre la confluencia de los valles hendidos por este acorazado de piedra.



"Navío de piedra"

Hacia uno de estos valles nos dirigimos ahora, un valle sin río, o con un río fantasma del que sólo vas a conocer su nombre: Clamores. Hasta los años finales del siglo **XX**, la desembocadura de este afluente del Eresma se realizaba justo a los pies del alcázar, en la misma proa de ese barco mineral que así redondeaba su imagen metafórica de quilla entre dos aguas. Mas decir río era mucho decir, como lo era decirle agua al hediondo flujo de la cloaca en que el Clamores se había convertido. Resolver

ese problema hizo que ahora —tras haber cruzado el Eresma por una pasarela que parece sacada de un cuadro japonés— caminemos a tres metros de altura sobre el cauce del río, justo por encima del colector que nos priva de su vista, pero también de sus efluvios. Lo que el valle ha perdido, todos lo hemos ganado.

Un mínimo caz paralelo al camino nos recuerda que en tiempos muy lejanos por aquí fluía un agua digna de su nombre. Lo demás ya lo estás viendo: una vegetación exuberante, un aleteo de petirrojos entre los arbustos, un mirlo que revuelve la hojarasca en busca de lombrices... Pocos paseos tan cercanos al corazón de una ciudad son capaces de producir tal sensación de lejanía de lo urbano; es como si una selva hubiera conquistado el valle, como si la ciudad se hubiera diluido entre el follaje de sus altas arboledas.

Caminemos en silencio durante unos minutos, atentos a las conversaciones de las hojas y los pájaros... Hay horas del día, especialmente en las primeras de la mañana, que el aire se transforma en sinfonía de trinos y gorjeos. Mirlos, herrerillos, jilgueros, verderones... En lo alto de las noches primaverales, el canto de los ruiseñores detiene la rotación

del mundo. No será difícil que un petirrojo salga a nuestro encuentro, incluso puede que descubramos a un tímido erizo que se esconde en la hojarasca o a una culebra de escalera al acecho de un topillo.

Enseguida nos encontramos ante el ojo roto del Puente del Piojo, por el que antaño se accedía hasta el alcázar. No me preguntes el porqué de su nombre. Sé que así, fuente del Piojo, se llama a un pequeño manantial que mana pocos metros arriba del mismo camino, en un bosque de grandes castaños. Sé también que en las cuevas que hay en este valle vivieron hasta principios del siglo XX pobres gentes cuya única riqueza, probablemente, eran los piojos. Quizá no ande muy desencaminada la explicación del nombre.

Nosotros, ahora, seguiremos nuestro itinerario por la estrecha escalera que nace junto al puente. Comprendo que no es fácil vencer la tentación de proseguir por el amable camino que transcurre por el fondo del valle, y podríamos sucumbir a ella si estuvieras ya cansado, pero me gustaría que, así como vimos el costado de babor de nuestro barco de piedra -su perfil septentrional-, vieras ahora su costado de estribor, la cara que Segovia expone, como un lagarto

rubio, al sol del mediodía.

Lo primero que nos encontramos al final de la escalera es una carretera con demasiado tránsito de vehículos y no pocos accidentes. Se trata de la cuesta de los Hoyos, cuyo nombre te explicaré luego. A pesar del tráfico, la acera que discurre a su derecha sigue siendo uno de los caminos preferidos por los segovianos para ir de visita al santuario de su Patrona. Nosotros cruzaremos —¡con cuidado!— la carretera y nos hallaremos en la boca de un barranco que nos ofrece dos posibilidades, traducidas en dos nuevas escaleras como la que acabamos de subir.

Por la de la derecha llegaremos a un observatorio privilegiado para contemplar la cara meridional del alcázar y, entre otras muchas cosas, a vista de pájaro, la alameda de la Fuencisla. Los paseantes de Segovia llaman a este lugar "el último pino", por el hermoso ejemplar que se alza tras el panel descriptivo donde puedes comprobar los nombres de las joyas que se muestran a tus ojos, muchos de los cuales ya conoces.



"De entre las olas"

Desandando nuestros pasos por esta misma escalera, la de la izquierda nos llevará a los altos del Pinarillo, que jamás llegó a perder su diminutivo porque el estéril suelo que lo acoge no da más que para el crecimiento de unos árboles raquíuticos, de tronco torturado y enclenque ramaje.

Carece este tramo de nuestro itinerario del frescor que respirábamos en la profundidad de los valles, y es una subida fatigosa en días de sol, apenas mitigada por la sombra calurosa de los pinos que luchan por sobrevivir y a duras penas lo consiguen.

Alcanzada la cumbre de la ladera, prosigue nuestro camino entre la linde del Pinarillo y los campos de cultivo que sostienen, a nuestra derecha, las cumbres de la sierra: Peñalara, Siete Picos, la Mujer Muerta, el puerto de Pasapán y la sierra de Quintanar, el Caloco, el Caloco Mediano, el Caloquillo... Segovia, al otro lado, recostada al amor de la solana, se esconde a nuestra mirada entre los pinos, mas enseguida descenderemos a su encuentro por una estrecha senda que nos depara otra sorpresa. Se trata del cementerio judío, donde todavía algunas noches de lluvia es posible escuchar los lamentos de aquellos segovianos que, hace ya quinientos años, se vieron obligados a elegir entre la disyuntiva de su religión o su morada. Optaron muchos por lo primero, y malvendidas sus haciendas se agruparon en este valle, llegando a alojarse en las sepulturas de sus mismos difuntos, según nos cuenta Diego de Colmenares. Otro cronista cristiano de la época describe con amarga precisión los preparativos de su destierro: "e daban una casa por un asno, e una viña por poco de paño o lienzo, porque no podían sacar oro ni plata..."

Por este cementerio recibe la carretera el nombre de cuesta de los Hoyos. A poco que te fijes en el terreno lo verás lleno de concavidades, estudiadas varias de ellas a finales del siglo XIX. Se trata de tumbas que presentan una característica singular, única en los cementerios judíos españoles: son hipogeos con forma de iglú, excavados en la roca. Una losa cerraba la pequeña entrada a estos panteones familiares, cuyos inquilinos descansaban directamente sobre el suelo, a veces en nichos, siempre sin el menor ajuar funerario.

Frente a este lugar sagrado, que como tal debería respetarse y protegerse, las humildes casas de la Judería parecen, apiñadas al sol, un cubista rebaño de poliedros pastoreados por la catedral. Una senderuela escarpada y un puentecillo reconstruido testimonialmente a finales del siglo pasado -el puente de la Estrella- unían este gueto, puesto que un gueto era, con el cementerio que nosotros nos disponemos a dejar para descender, precisamente por tal senda, hacia la hondura del valle. No tendremos que cruzar esta vez sobre la carretera, sino por debajo de ella, a través de un estrecho túnel que enlaza, simbólicamente, como la laguna Estigia, las dos orillas de la existencia: un

cementerio a nuestras espaldas; frente a nuestros ojos, la ciudad viva. Pero no nos pongamos ahora trascendentes, o si lo hacemos que sea con una referencia cervantina, tomada del diálogo entre Babieca y Rocinante:

Metafísica estáis. / Es que no como.

Y es que el apetito, soliviantado por el largo paseo que ya vamos concluyendo, va entonando su melodía estomacal de borborigmos, menos quejumbrosa en todo caso que la de los pupilos del dómine Cabra, que no muy lejos tenía la casa de ayunos descrita por Quevedo en El Buscón, donde el tocino se asomaba tímidamente a la olla para no desgastarse...

No sucede lo mismo en ninguno de los muchos restaurantes de Segovia, no temas. La comida es uno de los principales atractivos turísticos de esta ciudad, y una comida fuerte y sustanciosa, más apta para una digestión pausada que para proseguir un paseo como el nuestro. Así pues, antes de finalizar, no quiero dejarme en el tintero al tercer gran monumento de esta ciudad monumental...



"Segovia se recuesta en la solana"

-¡La catedral!

-Sí, la mole que ahora domina por completo esta panorámica de Segovia, gigante de piedra sobre las pequeñas casas de la Judería, de ladrillo o adobe. Sobre estas casas, precisamente, se levantó la catedral, sobre una parte del barrio hebreo. Nos remontamos al año 1.525, así que ya no había judíos en Segovia, o los que había estaban ocultos bajo el disfraz de la conversión forzada, los

llamados *marranos*... Algunos de estos habían ocupado cargos importantes en la corte, contables, médicos, e incluso un obispo: Juan Arias Dávila, hombre de gran cultura y riqueza que había costeado el claustro de la catedral antigua y que trajo a Segovia la primera imprenta de España, regentada por Juan Parix, de Heidelberg.

- Veo que los judíos fueron gente importante en Segovia, y socialmente aceptada...

- No tanto... Aquí no se conocieron las matanzas que ensangrentaron muchas juderías españolas y europeas, pero de la aceptación social te da cuenta una coplilla relativa precisamente a esa familia de los Arias Dávila, cuyo primer converso fue tesorero mayor del reino. Levantó este buen señor un palacio que todavía se conserva, ¡y que curiosamente es ahora la sede de Hacienda...! Pues bien, tiene tal palacio por escudo un águila con una cruz y un castillo, y la coplilla decía:

*Águila, castillo y cruz,
judío, ¿cuando lo hubiste?,
pues en la pija, capuz,
ni lo tienes ni tuviste...*

Ya ves que la verdad no tiene el color acaramelado de la Historia travestida para el consumo turístico. Pero sigamos con la catedral, que es donde estábamos, en el claustro de la catedral antigua encargado a Juan Guas por el obispo Arias Dávila.

—¿La que estaba frente al alcázar?

—Exactamente... Apenas lo había mencionado, pero veo que te acuerdas. Durante la guerra de las Comunidades, los realistas se habían hecho fuertes en el alcázar, frente a los comuneros que ocupaban la vieja catedral románica. A consecuencia de los combates quedó dañado el templo, y Carlos V aprovechó la ocasión para que fuera demolido en previsión de posibles nuevas revueltas...Ya ves cómo una decisión estratégica puede convertirse, por carambola, en un gran acierto urbanístico, puesto que la imagen de Segovia no sería la misma sin esa *dama de las catedrales* que la corona.

Se dice que la catedral es obra de Juan Gil de Hontañón y de su hijo Rodrigo, pero el mérito corresponde a todos los segovianos, que se unieron con un inesperado ímpetu cívico para levantarla, unos con su propio trabajo y otros con sus dineros propios.

Echar piedra se llamaba a la ceremonia de entregar donativos para la construcción del templo, que tardó 160 años en ver concluidas sus obras. De la vieja catedral persiste el claustro, trasladado piedra a piedra hasta su actual emplazamiento. Como ves, nos encontramos ante una de las pocas obras góticas de esta ciudad románica, y de un gótico más que tardío, felizmente contagiado de la racionalidad renacentista que dominaba Europa desde hacía más de un siglo.

Entre Historia e historias hemos llegado de nuevo al fondo del valle, que aquí se abre en una verde praderita que nosotros vamos a bordear hasta su cabecera, donde se halla un edificio —Sancti Spiritu, militar ahora— que antaño fuera "hospital de bubas y sudores para resfriados", significativo precedente de salud laboral en una ciudad con profusión de batanes, tenerías, lavaderos de lana y otras industrias relacionadas con el agua. Podríamos también haber tomado la dirección contraria, cruzar el puente de la Estrella y ascender por una pina escalerilla que nos hubiera llevado hasta el arco de San Andrés, por donde la muralla da paso a los laberintos de la Judería.

Ninguna de las dos era una mala opción, y



"Casa del Sol"

si he elegido la primera es para que veas los juegos del agua conducida por canalillos de teja hacia un rompecabezas de aljibes, y para que...

- A propósito de tejas...

- No sigas, que sé bien lo que vas a preguntarme. Es la misma cuestión que plantea todo visitante llegado por primera vez a Segovia: ¿Por qué ponemos las tejas al revés...? No las ponemos al revés, fíjate bien. Lo que sucede es que faltan las que forman las hileras superiores, llamadas cobijas. Segovia es una ciudad milagrosa en muchos aspectos, y el que nuestras casas no tengan una continua lluvia de goteras debería parecerte suficiente

demostración de sus milagros. Pero sigamos con lo que te iba diciendo: también quería que subiéramos hasta el paseo del Salón, solana de viejos y de niños en los fríos inviernos Segovianos.

Ya estamos en él. Y es que antes de despedirnos quería que recuperásemos la otra mirada de la ciudad, a la que hasta ahora hemos observado de fuera hacia adentro, como si no formáramos parte de ella. Pero nosotros también somos la ciudad, y una parte no menos importante que sus monumentos o sus calles. Sin los hombres y mujeres que la habitamos, esta ciudad no sería sino un falso decorado de cartón piedra. Por eso quiero que ahora seamos la mirada de la ciudad, que miremos de dentro hacia fuera para ver el mundo, la pequeña porción de mundo donde Segovia se halla. ¿Ves la sierra a lo lejos, los campos de cultivo, los nuevos barrios que a veces crecen como tumores descontrolados, o controlados por la especulación que viene a ser lo mismo? Mientras no comprendamos que la ciudad y su entorno son parte de un todo único que debe ser cuidado y respetado en su

conjunto, estaremos lejos de asegurar el futuro de este inmenso patrimonio que hemos heredado.

Yo me despido aquí. El hervidero humano de la calle Real, donde los encuentros fortuitos se convierten en inevitables, es con frecuencia una travesía lenta y azarosa, jalonada de múltiples saludos y paradas. Segovia es una ciudad pequeña donde todos nos conocemos, y esto tiene sus ventajas y sus inconvenientes. "*Cada missa a seu tempo tem seu tempo*", como escribiera Pessoa. Y tu *tempo*, ahora, será tomar el pulso a la ciudad social. Para ello atravesarás una callecita con nombre de resonancias románticas, bellissimo —calle de la Puerta de la Luna—, que enmarca con sus paredes el atrio románico de la iglesia de San Martín. Estarás en un instante en la plaza de las Sirenas, así llamada por dos esculturas que sirenas no son, sino desgastadas esfinges a cuyos lomos han cabalgado alguna vez todos los niños de Segovia. Es una plaza con tres alturas y tres nombres, vigilada por el torreón de Lozoya y por la estatua de Juan Bravo, el comunero segoviano que, tras la derrota de Villalar, eligió ser decapitado en primer lugar "para no ver la muerte de tan nobles caballeros". No se te olvide buscar en esta plaza los

edificios con galerías para secar la lana, de los que te hablé al principio de nuestro paseo. Y no se te olvide tampoco que tu itinerario continúa calle Real abajo, entre el seguro bullicio de esta estrecha arteria peatonal que reúne desde antiguo los más tradicionales comercios de Segovia.

Frente a la casa de los Picos, que identificarás sin necesidad alguna de preguntarle a nadie, verás un pequeño ensanche conocido como el mirador de la Canaleja. Una vista no muy distinta a la que contemplábamos en el Salón se abrirá a tus ojos, así que no voy a repetirte lo ya dicho. Sí te diré que en ese lugar se hallaba la principal puerta de Segovia, donde los reyes juraban los fueros de la ciudad antes de penetrar en su recinto. Esa puerta fue demolida a finales del siglo XIX, ¿y sabes para qué?, para ensanchar la calle, para que a ese mirador llegara un tranvía cuyos raíles sobrevolarían la iglesia y el barrio de San Millán sobre una desaforada estructura de hierro... ¿Te imaginas? Confundir el progreso con la destrucción del pasado es un error grave del que todavía no hemos escarmentado... Espero que cuando regreses a Segovia, y



"Plaza de las sirenas"

estoy seguro de que regresarás, no se rompa el hechizo que hoy he visto en tu mirada.

Son muchas las cosas que debemos mejorar, pero también muchos los peligros que se ciernen sobre esta vieja ciudad..., tan vieja que, muchas veces, ni fuerzas tiene ya para quejarse. Su voz es débil, mas, si aplicamos el oído sobre sus piedras erosionadas, aún estaremos a tiempo de escucharla, de sentir sus latidos y, acaso, de diagnosticar sus males con valentía y con rigor.

¿Desvaríos poéticos? No lo creo. Además, poetas y científicos hablan a menudo un mismo idioma. En una singular anticipación de la Teoría del *Big Bang*, William Blake escribió que todo el mundo puede caber en un grano de arena. Si yo tuviera que buscar una palabra que contuviera todas las palabras, las sensaciones, los sentimientos que Segovia me produce, esa palabra sería *milagro*. Estoy seguro de que tú, tras el paseo que hemos compartido, comprendes perfectamente lo que quiero decir. Un milagro es la luz que transforma en ámbar la opacidad de sus muros. Un milagro es la vegetación lujuriosa que convierte en oasis lo que parecía condenado a desierto. Un milagro es la canción del ruiseñor en la

espesura de sus valles, la tertulia de las cigüeñas en sus espadañas, el zigzag de los vencejos entre los arcos de su acueducto. Incluso estoy tentado a decir que un milagro es que Segovia sobreviva, sustancialmente, con la misma fisonomía que alcanzó en su época de esplendor.

Pero no, esta supervivencia no es un milagro. Mientras otras ciudades se entregaban jubilosas al progreso, o a lo que se llamaba progreso en el siglo XIX y en buena parte del XX, Segovia languidecía en un declive económico y social que, paradójicamente, fue su tabla de salvación. Como diría el Marqués de Lozoya, la ruina del tiempo es lenta y piadosa. La piqueta progresista, el fiero *bulldozer*, la cuenta saneada y sin escrúpulos han tenido, por el contrario, efectos devastadores sobre muchas urbes prósperas que también compartían un pasado glorioso. Pero sería injusto pensar que la conservación de Segovia ha sido sólo fruto de su decadencia. Son muchos los hombres y mujeres que dejaron y se siguen dejando la piel en el intento de preservar cuanto esta ciudad tiene digno de ser preservado, que es casi todo. Esos hombres y mujeres son la savia que fluye por las arterias minerales de Segovia, savia que florece, no sin dificultad, en la fachada que se ha librado de la piqueta, en el jardín que no ha sido

hormigonado, en la calle abierta a los peatones y cerrada a los automóviles. Gracias a ellos, el milagro de esta ciudad se asomará todavía muchas veces a unos ojos como los tuyos y los míos, a otros balcones de la mirada que seguirán reflejando la luz de Segovia incluso cuando sus cristales, como los nuestros, se hayan empañado por la emoción de la despedida.

Esto era cuanto tenía que decirte, y ya mis palabras no hacen sino alargar inútilmente nuestro adiós.

Pronto llegarás al Azoguevo, de donde partimos hace horas. De nuevo mirarás al acueducto, y verás que también él te mira a ti con sus cien ojos. Allí, frente a los dos mil años de sus pilares, cerrarás este librito que desea de todo corazón, con su pequeño corazón de tinta, haberte ayudado a descubrir otra Segovia. Su alma de papel tiritará de gozo si este deseo se ha cumplido. Y su felicidad será completa si, además de haberte ayudado a descubrirla, ha hecho que comiences a quererla.





